

dálmatas. Para atraerse á este dux concedióle el emperador Basilio el elevado rango de protospataro ó director de arsenales.

Muerto el ban de los croatas, Domagoi, que reinó sobre este pueblo desde 865 hasta 876, un tal Sedeslao, descendiente de Tirpimiro, que fué aclamado por el pueblo como jefe en 877, expulsó á los hijos de su antecesor, y para asegurar mejor su poder, resolvió legalizar su dignidad en Constantinopla y se presentó en aquella capital con muchos jefes inferiores tanto croatas como servios. Todos ellos se hicieron bautizar y reconocieron la soberanía del emperador, el cual en cambio confirmó á Sedeslao en su dignidad de jefe entre los suyos. En su consecuencia los obispos y el clero de las ciudades marítimas latinas de aquella costa se pusieron á imitación del clero croata bajo la autoridad del patriarca de Constantinopla, y los jefes ó duques de los croatas se subordinaron hasta cierto punto al gobernador general de Zara como representante del emperador.

Esta nueva conquista de la Iglesia de Oriente no fué del agrado de la curia romana, la cual trabajó desde luego en sentido contrario no omitiendo medio alguno para apartar al clero dálmata del patriarca de Constantinopla, y restablecer entre los croatas su propia autoridad. Sin embargo la misma sede pontificia por otra parte se había mostrado por algun tiempo muy condescendiente, autorizando en el año 868 á los hermanos Metodio y Constantino, según lo habían solicitado desde la Moravia, para traducir la Biblia en idioma eslavo, y para continuar usando la liturgia en el mismo idioma que habían introducido primero entre los eslavos meridionales y luego en Moravia, donde se había popularizado rápidamente á pesar de la oposición del clero franco. Constantino ó sea Cirilo murió en Roma el 14 de febrero de 869. Su hermano Metodio fué nombrado por el papa en 870 arzobispo del territorio moravo-sirmio-panónico, sometido al príncipe eslavon Cozel. Hízose este nombramiento á petición del príncipe á quien el papa se apresuró á complacer para que no se dirigiera al patriarca de Constantinopla como el rey búlgaro Miguel. Metodio residió en Blatno ó Szalavar, corte del príncipe Cozel junto á la embocadura del río Szala en el lago de Platten, desde cuyo punto trabajó activamente en la propagación de la fe. En 874 visitó, incansable siempre, la corte de Suatopluc, el feroz soberano de Moravia, cuyo territorio formaba parte de su arzobispado; pero allí iba ganando terreno el clero franco, al cual no gustó la rigurosa disciplina del austero prelado griego, que además era partidario de Focio y de su dogma respecto del Espíritu Santo. Esta fué también la causa de que todavía durante su vida desapareciera rápidamente la liturgia eslava de la Iglesia de Moravia; y después de su muerte, ocurrida en 6 de abril de 885, fueron expulsados de este país sus discípulos, que se establecieron en Bulgaria.

En cambio las poblaciones latinas en la costa dálmata permanecieron durante mucho tiempo fieles al patriarcado de Constantinopla, mientras los croatas se adherían á Roma con la cual entró en relaciones amistosas en el año 879 Branimiro, el asesino y sucesor del duque Sedeslao, hasta que destronado á su vez y reemplazado por Muncimiro, hermano menor de Tirpimiro, volvió este á reconocer la autoridad del patriarca bizantino representada en la Dalmacia por el obispo de Salona.

La decadencia y creciente debilidad del poder de los emperadores francos en el Mediodía de Italia fueron aprovechadas por Basilio para trabajar desde 875 activamente en la reconquista de aquellos territorios y del Adriático. Su valiente general Nicéforo Focas arrojó los árabes de la Calabria y formó allí la nueva provincia *Longobardia* que comprendía

entre otras poblaciones Amalfi, Sorrento, Nápoles y Gaeta, bien que el poder de Constantinopla era allí casi tan precario como en los territorios donde mandaban los banes croatas. En cambio de estas conquistas, mas nominales que verdaderas, perdió el imperio después de una prolongadísima y tenaz resistencia la importante y opulenta plaza de Siracusa, que cayó en 878 en manos de los moros de la isla y de Africa. Con esto los musulmanes quedaron dueños de toda la Sicilia á excepción de Taormina, aunque no por eso renunció el gobierno de Constantinopla á la esperanza de reconquistarla.

Por otro lado los almirantes Orifas y Nasar consiguieron escarmentar duramente á los piratas mahometanos, terror de todas las costas mediterráneas, y que ya no salían solamente de los puertos de Creta, Sicilia y Africa, sino también de los de Cilicia y de Siria. Aquellos almirantes rechazaron en 881 una expedición marítima formidable dirigida contra la Morea por los piratas africanos y cretenses con sus escuadras combinadas y capitaneadas por el renegado Focio; y en el año anterior el gobernador general Eniades había derrotado otra expedición terribre emprendida contra Calcis por el emir Esman de Tarso.

Horrorosas fueron las represalias que los bizantinos tomaron en los vencidos, y mas todavía que en los mahometanos, en los renegados á quienes mataron con la crueldad mas refinada; conducta que se explica en parte por las indecibles desgracias y atrocidades que aquellos piratas sin entrañas sembraron donde quiera que pusieron los pies, y en parte por la barbarie que aquella generación había heredado de generaciones anteriores.

Gran cosa fué para el imperio que en el reinado de Basilio no se viera atacado por el Norte, pero en cambio en la frontera asiática sufrió las consecuencias de la estúpida persecución de los paulicianos. Esta comunidad de enemigos acérrimos y exasperados del imperio, conducida por su jefe Crisoquiro, se había establecido en una frontera, ya sin esto bastante amenazada donde daba asilo á los innumerables individuos que huían de las persecuciones de los bizantinos; y con ocasion de una tentativa infructuosa que hizo Basilio para entrar en tratos pacíficos, los paulicianos trabajaron activamente para conseguir una alianza con los búlgaros. Basilio, á fin de evitar esta nueva desgracia resolvió exterminar á aquellos vecinos peligrosos que con sus expediciones asolaban y arruinaban las provincias del Este. Esta guerra, empezada en 871, duró casi tres años con suerte varia; pero finalmente quedó vencedor Basilio, cuando después de la toma de muchas plazas fuertes de los paulicianos, y de la completa derrota del emir de Melitene, sucumbió también el jefe Crisoquiro en una gran batalla en el año 873. A consecuencia de esta derrota cayeron en manos de los bizantinos los últimos baluartes de los paulicianos, Téfrice y Catabatala; y entonces parte de los vencidos se retiró á la Armenia, y otra parte entró en el ejército imperial.

También las tropas del califa aprendieron á conocer la superioridad de las armas bizantinas en la larga y lenta guerra fronteriza, porque los sanguinarios califas abasidas habían cesado ya de ser un peligro grave para el imperio, desde el fatal reinado de Almutawaquil (847-861) durante el cual se notaron ya señales de desmembración. Después de su muerte (murió asesinado) caminó el imperio de los califas rápidamente á su ruina. El desgobierno en la corte de Bagdad, cuya historia sangrienta y siniestra deja atrás los crímenes de que fué teatro el palacio imperial de Constantinopla; la dominación de la guardia turca, cuyo jefe el Emir-al-Omra (que antes en 907 se llamaba el general Munis) adquirió tanta preponderancia como la que en otro tiempo habían tenido en

Roma los prefectos del pretorio; la mudanza que estas tropas hicieron de cinco califas en diez años, desde 861 hasta 870; la creciente dificultad de impedir la desmembración de provincias y la rebelión de los gobernadores que se querían hacer soberanos independientes; todos estos eran motivos mas que suficientes para paralizar las fuerzas del califato; de modo que los únicos enemigos serios y temibles para el imperio bizantino eran los sultanes de las islas y costas del Mediterráneo.

En el interior impulsó Basilio enérgicamente la conversión al cristianismo de los habitantes gentílicos, en primer lugar de los croatas y eslavos narentanos y después los de la Morea. A excepción de las tribus enteramente salvajes establecidas en la región frágil del Taigeto, los demás eslavos del imperio quedaron convertidos, por lo menos exteriormente, en el reinado de Basilio, así como los últimos restos de los helenos gentílicos de Laconia, en la parte mas meridional del Taigeto, al Sur de Malevri, es decir, los maniatas, que renunciaron á su antiquísimo culto y se dejaron bautizar. Desde entonces fueron levantándose en toda la Grecia innumerables iglesias y conventos á consecuencia de las misiones que se establecieron en todas partes; y de aquel tiempo data también la transformación del Monte Atos en una verdadera colonia de monasterios que tan grande influencia tuvieron, y tienen todavía hoy, en la historia y vida de la Iglesia griega. El primer decreto imperial á favor de este distrito monacal es de Basilio I que en el año 885 fijó los límites entre el territorio de la pequeña ciudad de Hieriso y los establecimientos de los ermitaños del Monte Atos. El segundo decreto es de Leon VI del año 911 que declaró á estos religiosos independientes del antiguo monasterio de San Juan Colobos cerca de Hieriso.

Leon VI, hijo de Basilio I que murió de repente en 19 de agosto de 880 á consecuencia de un percance ocurrido en la caza, sucedió á su padre y llevó á cabo una obra muy distinta pero grandiosa é imperecedera, empezada ya por el gran emperador reformista Leon III, á saber: la revisión, el complemento, reforma y traducción del derecho público contenido en el código de Justiniano y en jurisprudencias posteriores. Después de Leon III no se había cuidado ningun gobierno de este trabajo hasta el emperador Teófilo y después de este el César Bardas que con la cooperación de varios juriconsultos lo adelantó mucho, hasta que en el reinado de Basilio se pudo publicar en el año 870 la colección de leyes conocida bajo el nombre de *Proqueiron*, análoga á las *Instituciones* de Justiniano. Mas adelante fué revisada y publicada bajo el nombre de *Epanagoge*, y finalmente se publicó en 884 la obra capital, el código griego, llamado las *Basilias*. El emperador Leon VI hizo revisar esta obra de nuevo por una comisión y la publicó desde 887 hasta 893 en 60 libros como código civil nuevo y único legal, al lado del cual se conservaron todavía durante algun tiempo las *Instituciones* de Justiniano como obra de consulta.

Con esta obra quedó también establecida definitivamente la centralización completa de todo el imperio bizantino en manos del emperador que de soberano absoluto se hizo autócrata y único poder legislativo, porque el senado quedó reducido á simple consejo superior administrativo, perdiendo todo derecho de concurrir á la elaboración de las leyes. Desde entonces también trabajaron los emperadores por aniquilar en cuanto era posible, los últimos restos de los municipios autónomos antiguos, así como los principios de la nueva autonomía municipal que iba naciendo. Ya la había atacado el emperador Teófilo, haciendo á los municipios, lo mismo que había hecho al episcopado, dependientes del poder y del influjo de la Corona.

La transformación del gobierno simplemente monárquico absoluto en monárquico autocrático que efectuó Basilio I fué un suceso gravísimo para la vida del imperio bizantino, porque en adelante su suerte y su salvación dependieron exclusivamente de la casualidad que tanto podía depararle un monarca perfectamente á la altura de las circunstancias como un hombre incapaz para determinadas situaciones. De todo hubo. Después de Basilio I que levantó el imperio á una altura desconocida, volvió á decaer mas ó menos bajo el mando de sus sucesores inmediatos, muy poco á propósito para las situaciones que se presentaron, por buenos, capaces é inteligentes que fuesen en otros conceptos. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo X y en el primer tercio del XI plugo al destino dar al imperio gobernantes que lo hicieron potencia formidable y realmente imponente.

El hijo y primer sucesor de Basilio I, Leon VI, gobernó desde 886 hasta 912. El fué quien llevó la forma autocrática á su última perfección, quizá mas por convicción científica y teórica, que por ambición y política, porque discípulo aprovechado de Focio, era hombre doctísimo, y mereció ser llamado el filósofo por el grandísimo celo que mostró para el cultivo de las ciencias, y por los profundos conocimientos astrológicos que el pueblo le atribuyó. A pesar de esto fué también un déspota pródigo y brutal, y además esclavo de los placeres sensuales hasta faltar á las leyes de la Iglesia, y á las dictadas por él mismo, llegando á casarse sucesivamente con cuatro mujeres, cosa prohibida y anatematizada por la misma Iglesia de Oriente. En vigor y talento para gobernar no llegaba ni con mucho á la altura de su padre, ni tampoco tuvo su exquisita solicitud por el bien público y la prosperidad del país. Con su muerte, ocurrida en 11 de mayo de 912, empezó para el imperio un período de casi medio siglo, durante el cual lo sostuvieron, mas que el talento y el vigor de los monarcas, la famosa organización sólida y tradicional civil y militar y la no menos famosa diplomacia, ambas especialmente bizantinas. El hijo que Leon dejó de su matrimonio con la bella Zoa Carbonopsina, sobrina segunda del historiador Teófanos, solo contaba siete años cuando murió su padre. Constantino VII llamado Porfirogénito, estuvo poco mas de once meses bajo la tutela de su tío Alejandro, que para bien de Constantino y del país murió en 6 de junio de 913, porque inepto y esclavo de vicios como era, tenía la misma tendencia que su difunto hermano á confiar los cargos mas importantes de la administración y del gobierno á sus privados y favoritos, y aun llevó al último extremo esta manera caprichosa de gobernar. Muerto Alejandro, encargóse del gobierno una regencia compuesta de seis individuos, presididos por el patriarca Nicolás; pero ya en 914 tomó las riendas del Estado la emperatriz viuda Zoa, después de una intentona malograda del general de la guardia imperial Ducas, que quiso apoderarse del palacio y proclamarse emperador, y fué rechazado, derramándose inútilmente mucha sangre á las puertas del mismo palacio. Desgraciadísima fué la regencia de Zoa, principalmente respecto de las relaciones con los búlgaros, tanto que el gran almirante Romano Lecapene, hijo de padres armenios, para salvar al país se apoderó del gobierno por medio de la intriga y de la fuerza, pero con la aprobación general. Como primer paso logró en 25 de marzo de 919 que se le diera el mando de la guardia imperial y de las tropas extranjeras; luego, casando á su bella hija Elena con el joven emperador, fué elevado á la categoría de *basileopater*, ó sea *padre del emperador* en 27 de abril de 919, en cuya calidad desterró á la emperatriz madre á un convento. En el mes de setiembre del año siguiente nombró su yerno César y en 17 de diciembre de 920 fué proclamado y coronado co-regente. Desde entonces hasta el 16 de diciem-

bre de 944 en que Romano fué preso y encerrado en un convento en la isla de Prote en el Mar de Mármara, el emperador Constantino apenas intervino en el gobierno. De carácter débil y bondadoso, apasionado por las ciencias y dedicado asiduamente al estudio, literato y amigo de las artes, algo semejante al primer Claudio de Roma hasta en sus aficiones gastronómicas, pero sin los rasgos ridículos y peligrosos de este emperador, dejó el peso material del gobierno á su suegro y á los hijos de este, á los cuales durante bastante tiempo costó gran trabajo sofocar toda una serie de conspiraciones que tomaron por pretexto la supuesta usurpación del poder por Romano y los suyos. Al fin dos hijos del co-regente, Estéban y Constantino, se conjuraron contra su padre, según opinión de algunos, á excitación del emperador Constantino VII, que estaba cansado de verse eliminado del gobierno. El anciano Romano, que por lo demás estaba ya cansado de gobernar con poca gloria, fué preso y enviado al convento de Prote donde murió en el año 948. Libre ya el emperador de la tutela de Romano, costó poco librarle también de la de sus hijos, los cuales el 27 de enero del año 945 se vieron obligados á vestir el sayal de monje, en un monasterio distante. Así quedó reintegrado nominalmente en su poder el literato historiador imperial tan recto, tan amable y amado de todo el pueblo. Pero no por esto supo renunciar á entregarse exclusivamente á sus aficiones literarias y científicas, y dejando la ingrata tarea del gobierno á su esposa, mas enérgica, y á sus ministros, continuó dedicándose con su hija Agata á sus ocupaciones predilectas, hasta que pasó á mejor vida el 9 de noviembre de 959 dejando la diadema imperial á su hijo Romano II.

Durante el largo período del reinado de este emperador, bondadoso y afable, pero que también tenía algo de la dureza despótica y de la violencia característica de su familia, no gozó de paz ni tranquilidad el imperio sino excepcionalmente. Por espacio de decenios enteros repitieron los búlgaros por tierra, y los corsarios cretenses por mar, sus correrías devastadoras mas terribles que nunca. El rey búlgaro Miguel-Boris había conservado sus relaciones amistosas con el gobierno de Constantinopla hasta el fin de su reinado; su pueblo progresó en civilización y se fué haciendo un mediador útil para el comercio de géneros bizantinos y asiáticos con los pueblos eslavos y germánicos del Norte, pero todo esto cambió cuando el anciano rey se retiró en el año 888 á un convento, donde murió el 2 de mayo de 907 cargado de años y fué después canonizado como primer santo nacional del pueblo búlgaro. Dejó el gobierno á su hijo mayor Uladimiro; pero la conducta depravada de este, hizo que el padre le destituyera, le mandara privar de la vista y le encerrara en un convento, poniendo en el trono á su hijo menor Simeon á quien había hecho educar en Constantinopla y que reinó desde 893 hasta 907. Simeon fué el soberano mas capaz del pueblo búlgaro; pero fué muy pronto también el enemigo mas peligroso del imperio bizantino por culpa del mismo emperador Leon VI. La causa de la ruptura fué una cuestión de comercio, cosa bastante rara en aquella época. Reinando todavía su hermano Uladimiro, dos comerciantes griegos, por la influencia de uno de los cortesanos mas poderosos, habían obtenido del emperador Leon el monopolio del comercio con la Bulgaria. Validos de este privilegio trasladaron á Salónica el centro del comercio que había estado hasta entonces en Constantinopla, y además impusieron gabelas y derechos exorbitantes á los negociantes búlgaros. Las quejas de sus súbditos indujeron al rey Uladimiro á dirigir reclamaciones á Constantinopla; y no siendo atendidas por el emperador Leon, Uladimiro le declaró la guerra, la cual durante muchos años causó al imperio grandísimos perjuicios.

En 889 apelaron los búlgaros á las armas, á las órdenes de Uladimiro y Simeon, bien que otros datos hacen suponer que fué en 893, y obtuvieron una gran victoria. Entonces Simeon, á pesar de ser cristiano, de haber sido educado en Constantinopla, de estar instruido en todas las ciencias y de haberse acostumbrado á la civilización, cultura y fausto bizantinos, y no obstante que fué posteriormente el creador de la literatura búlgara, entonces procedió como bárbaro. Los prisioneros de guerra volvieron á sus casas después de haberles sido cortadas las narices; y aunque la orden para esta bárbara mutilación pudo proceder de su hermano Uladimiro, siempre queda el hecho de que Simeon no quiso ó no supo impedirla.

La victoria dejó toda la Tracia á merced de los búlgaros, y en tan grave apuro Leon VI acudió á la antigua astucia de hacer alianza con pueblos vecinos de sus bárbaros enemigos para exterminar ó humillar á estos por medio de otros pueblos mas bárbaros todavía; política que fué llevada hasta la última perfección por la dinastía de Basilio, sobre todo hasta el reinado de Basilio II que tan grandes victorias alcanzó. Los instrumentos de esta política astuta fueron los pueblos que se hallaban establecidos en la región dilatadísima que se extiende desde el Mar Caspio hasta los Montes Carpacios.

En aquella época iba decayendo el poderío del pueblo cazador, desde larga fecha amigo de Constantinopla. Algun día poderoso, dominando desde mediados del siglo VII hasta principios del IX desde el Cáucaso, el Caspi y el Oca hasta el Dnieper, ocupó un territorio ya mucho mas reducido en la segunda mitad del siglo IX, y en el X aparece limitado al territorio situado entre el Cáucaso, el Caspi y el Don, si bien dominando todavía sobre los pueblos inmediatos al Oeste del Don, y al Norte hasta el Cama. Los adversarios que entonces surgieron contra este pueblo, bárbaro pero no refractario á la civilización, fueron los rusos y mucho mas el pueblo *pechenego*. Este, hostilizado anteriormente por los mismos cazadores y uzos en su territorio en la cuenca superior del Volga y en la del Yaik, se había dirigido en el siglo IX al Oeste, y expulsando á varias tribus cazadoras y otras se había establecido en la cuenca media é inferior del Dnieper. Desde allí, dividido en ocho tribus, todas numerosísimas y reparadas por igual en ambos lados del río, gente de índole ferocísima y de consiguiente belicosa en extremo, fué durante muchos años el terror de los pueblos vecinos, mas ó menos bárbaros también, y por todos estos motivos un factor muy importante para la política bizantina en tiempo de Leon VI. No fué sin embargo á estos bárbaros á quienes acudió Leon cuando los búlgaros consiguieron su gran victoria sobre el ejército bizantino, y dieron libertad á los prisioneros de guerra después de cortarles las narices, sino á otro pueblo mas feroz todavía si cabe é inaccesible entonces á toda cultura, á saber: el magyar, llamado húngaro por los eslavos y alemanes, y al parecer rama de la raza finesa-urálica, cuyas ramas mas afines se encuentran hoy todavía en la cuenca superior del Volga y en las del Obi é Irtych en el Norte del Asia. Estos magyares así como otras tribus feroces originarias del Asia habían sido lanzados por la miseria y por otros pueblos hacia el Sudoeste hasta que tropezaron con los cazadores, á cuyos Khanes se sometieron los caciques de sus siete tribus. Pero en el siglo IX empujados por las tribus pechenegas, situadas mas al Sudoeste, perdieron el contacto con los cazadores, llevándose una tribu de estos, la de los cabares, que quedó por ellos completamente absorbida y asimilada.

Los historiadores bizantinos mencionan á estos magyares en el año 837, cuando vivían en la cuenca del Dnieper; pero en tiempo de Leon VI habitaban ya las comarcas entre las

embocaduras del Dnieper y del Danubio y hacia el interior entre los ríos Bug y Seret, desde donde empezaron á darse á conocer á los pueblos del Occidente como una de las calamidades mas horribles que han azotado la Europa.

A estos magyares llamó, pues, contra los odiados búlgaros el patricio Nicetas Sclero por orden de Leon VI; y efectivamente dieron mucho que hacer á los búlgaros con los ataques impetuosos de su caballería ligera acudillada por sus jefes Arpad y Cursan. El apuro mayor fué cuando en el año 893 los bizantinos pasaron en sus buques grandes masas de magyares al otro lado del Danubio, donde derrotaron á los búlgaros en todos los encuentros y destruyeron hasta su capital Preslao. No impidió esto que los bizantinos perdieran otra gran batalla contra los búlgaros cerca de Bulgarófigos; pero importando ante todo al rey búlgaro Simeon rechazar y escarmentar á los magyares hizo por lo pronto la paz con el gobierno de Constantinopla. Esta resolución tuvo consecuencias inmensas para el Occidente. Simeon alióse en 895 con los pechenegos contra los magyares, los cuales no resistieron al empuje de los dos pueblos, y derrotados por ellos, abandonaron el país que ocupaban junto al Mar Negro y se dirigieron mas hacia el Occidente. Entonces los pechenegos ocuparon su territorio y se extendieron hasta las bocas del Danubio, mientras los magyares se establecían en la Dacia y la Panonia, en las cuencas del Temes, del Maros, del Koros y del Teiss, entre los búlgaros y los moravos, es decir, en el corazón del país que hoy ocupan sus descendientes los húngaros. Desde este país fueron durante mucho tiempo el terror de Europa, particularmente cuando el imperio efímero de los eslavos de Moravia se vió dividido por guerras interiores después de la muerte de su gran ban Suatopluc, ocurrida en el año 894, y devastado en 899 por los eslavos checos y los bávaros.

No entra en nuestro cuadro hacer la historia de los magyares, ni referir cómo consiguieron introducirse á manera de cuña entre los pueblos eslavos del Norte, del Este y del Sur. Diremos solamente que llevaron á cabo grandes invasiones en los países del Occidente sembrando indecible terror y desgracias en todas partes, principalmente en Alemania, hasta que el duque Enrique de Sajonia y emperador de Alemania los derrotó en el año 933 en las llanuras del río Saale cerca de Merseburgo, y después en 955 el emperador Oton los venció junto al río Lech en Baviera tan eficazmente que de 100,000 según la tradición solo regresaron siete individuos á Hungría, porque los que salieron vivos de la batalla fueron muertos como lobos por el pueblo alemán en todas partes donde se dejaban ver.

La corte bizantina había logrado, pues, su objeto por lo pronto y estaba satisfecha sabiendo que los búlgaros tenían al Norte de su territorio unos vecinos que cual manada de fieras podían ser lanzados contra ellos. Con todo, algun terror secreto debió de sentir cuando tuvo noticia de los horrores que cometían las hordas de estos jinetes salvajes en 899 en toda la Italia septentrional, horrores que duraron hasta que el dux de Venecia Pedro los destruyó cerca de Rialto el 29 de junio del año 900 cuando se embarcaron para atravesar el Adriático.

Pero la satisfacción de la corte de Constantinopla duró poco. No se turbó la paz con los búlgaros en vida del emperador Leon VI; pero el inteligente Simeon supo aprovechar este tiempo en favor de su pueblo para entablar relaciones amistosas é íntimas con los eslavos del Sur y del Noroeste. En efecto, los croatas, amenazados seriamente por las excursiones y depredaciones de los magyares, que se habían extendido por la parte de Panonia sometida antes á los francos, se vieron en cambio reforzados por los fugitivos que desde Moravia bus-

caban refugio entre ellos, y unos y otros se mantuvieron fieles al gobierno de Constantinopla; de suerte que en 914 su célebre ban ó rey Tamislaio, de la familia de Tirpimiro, recibió de la corte bizantina el título y dignidad de cónsul.

En Servia, á la muerte de Muntimiro, ocurrida por el año 891, entró desde Croacia el sobrino de este, Pedro, hijo de su hermano Goinic que había sido expulsado de su país, y en menos de un año logró expulsar á su vez á los hijos de su difunto tío, y hacerse reconocer soberano. Tuvo sin embargo que sofocar repetidas insurrecciones, y para asegurarse en el poder reconoció la soberanía del emperador Leon y también le fué fiel como los croatas. Pero también como estos la corte del rey servio buscó la amistad del rey búlgaro, y la obtuvo de tal suerte que Pedro fué padrino de un hijo de Simeon, mientras otro régulo servio independiente de Pedro, llamado Miguel, que reinó sobre los servios meridionales en Zachlunia desde 912 hasta 926, se aliaba del mismo modo franca y lealmente con el rey búlgaro.

Cuando murió Leon VI, el regente Alejandro, tío de Constantino VII, cometió entre otras necedades, la de romper de nuevo con los búlgaros, dejando después de su corta pero fatal regencia, este triste legado á los gobernantes que le siguieron. Todos los distritos de la Tracia sufrieron las consecuencias, porque desde el año 913 volvió Simeon á asolar este país con sus huestes, extendiendo impunemente sus correrías hasta los muros de Constantinopla durante una larga serie de años. La madre del joven emperador, la regente Zoa, hizo todos los preparativos necesarios para castigar y confundir á los enemigos. La campaña estaba bien preparada, así militar como diplomáticamente. En efecto, el patricio Juan Bogas que en 914 había negociado una alianza entre la corte de Constantinopla y los pechenegos para la defensa del imperio, trató á la sazón de establecer otra con los magyares. Por su parte el gobernador militar del distrito de Dirraquio en la costa de Albania, Leon Rabduco, entró en tratos en 917 con el régulo servio Pedro, para que cooperara en la próxima campaña contra los búlgaros. Por último el gobierno de Constantinopla en el mismo año 917 celebró un armisticio con el califa para poder trasladar considerables fuerzas mandadas por Leon Focas desde la frontera del Asia Menor á la de Bulgaria. Pero los celos de los jefes griegos, cada uno de los cuales esperaba apoderarse del imperio y tenía la vista fija mas en la corte que en el enemigo, frustraron todas las combinaciones. El ejército auxiliar de los pechenegos, conducido por el patricio Bogas hasta el Danubio, regresó disgustado á su país cuando vió que el almirante Romano Lecapene no quería trasladarlo al otro lado del río por divergencias entre él y el citado patricio; y finalmente la gran batalla principiada bajo buenos auspicios, que dió Leon Focas á los búlgaros el 20 de agosto de 917 junto al río Aqueloo al Norte de Anquialo, acabó con una terrible derrota de los bizantinos, porque Focas abandonó su puesto á deshora para vigilar los movimientos del almirante, del cual recelaba que fuese á Constantinopla para aprovechar la ausencia del ejército y proclamarse emperador. Vencedor Simeon, supo por su aliado Miguel, el régulo de los servios meridionales, las negociaciones entre la corte de Constantinopla y Pedro el soberano servio. Este último fué atraído con astucia al campamento búlgaro, donde Simeon le mandó dar muerte. Después envió un ejército á Servia en cuya capital Desniza entronizó al nieto de Muntimiro, llamado Pablo; mientras otras huestes búlgaras capitaneadas por el mismo Simeon volvían á devastar la infortunada Tracia hasta las puertas de Constantinopla.

Este estado de cosas duró muchos años; las tropas bizantinas eran derrotadas en todos los encuentros por los búlga-